

A E
& I

Un océano para llegar a ti

Autores Españoles e Iberoamericanos

Sandra Barneda



Un océano para llegar a ti

*Finalista Premio Planeta
2020*

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

© 2020, Sandra Barneda

Diseño de la colección: © Compañía

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-08-23552-1

Primera edición impresa en México: noviembre de 2020

ISBN: 978-607-07-7349-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Pocos presagian la muerte y muchos viven de espaldas a ella, como si nunca fuera a llamar a su puerta y a sacudirles el alma. Aquella mañana cualquiera que acabaría volviéndose eterna en la memoria de Gabriele, el sonido del móvil desató una extraña cadena de pequeños accidentes que terminaron por despertarla. Sumida todavía en el plácido sueño que se resistía a abandonar, tiró de un manotazo la copa de vino que había dejado en la mesita la noche anterior, haciéndola estallar en mil pedazos al impactar contra el suelo. El teléfono también saltó por los aires, pero, lejos de apagarse, siguió sonando con molesta insistencia.

—Ay, *gno*, ay...

Solo era capaz de emitir sonidos guturales indescifrables mientras se revolvía entre las sábanas y encogía su cuerpo desnudo para seguir entregada al sueño. El móvil dejó de sonar. Se hizo el silencio.

Tan solo unos minutos más tarde, Gabriele oyó un fuerte golpe en el mismo momento en que recibía un seco zarandeo igual al que le daba su madre cuando de pequeña no quería levantarse para ir a la escuela.

—¡Gabriele! Levántate ¡Venga, dormilona! No me hagas esperar más. ¡Vas a llegar tarde!

Escuchar la voz de su madre, producto de la imaginación o del delirio, obligó a Gabriele a quitarse el antifaz para comprobar que seguía sola en la habitación. Soltó el susto con un par de suspiros. Con la mirada puesta en la estantería, supo por el caos que reinaba que continuaba viva. De haber muerto, pensó con una leve sonrisa, no habría elegido esa habitación cubierta de cajas que apenas dejaban ver el color de las paredes. Hacía un mes que su amigo Luis la había acogido en su casa, después de que Gabriele perdiera el novio y el trabajo. Un sentimiento de fracaso tomó la forma de un latigazo en su estómago. Se tumbó de nuevo en la cama, acercando la almohada a su rostro en un desesperado intento de detener los pensamientos que la llevaban directa a la autocompasión. De nuevo en la casilla de salida, en el círculo infinito de derrotas, perdida, sin saber cómo salir de él. ¿En qué momento había comenzado todo? Con la boca aplastada contra la almohada y los ojos todavía cerrados, seguía incapaz de encontrar el principio de la madeja. Respiró, intentando evitar otra inoportuna mañana de resaca y victimismo.

—Prometo no volver a enamorarme de ningún artista egocéntrico que cree que su talento está por encima del resto del mundo —había dicho Gabriele la primera noche que se quedó en casa de Luis.

—¿Y ahora qué vas a hacer? —le preguntó Luis.

—No volver a verle y arreglar mi vida. Ya sabes..., encontrar un trabajo cualquiera que me permita vivir y no tener que pedirte la caridad de una habitación.

Luis era el único amigo que conservaba de la Massana, la escuela de artes y oficios donde estudió por amor al arte y para cumplir un sueño más de su madre que suyo: ser internacionalmente conocida. Comenzó con el rugir y la inconsciencia de los veinte años, dispuesta a comerse a

quien se interpusiera en el camino entre ella y el éxito... y terminó comiéndose a Joseph, un apasionado francés, profesor suplente de dibujo artístico de tercer año con el que recorrió Europa convencida de que el verdadero arte estaba en las calles. Desapareció un par de años y, cuando supo que no era más que una musa para Joseph, volvió a Barcelona creyendo que había aprendido la lección: debía centrarse en desarrollar su propio talento y no caer rendida al primer *sapo* que le declarara su amor. Los años fueron una excusa permanente para no enfrentarse a su pasión, que también era su gran miedo: pintar, como hacía de pequeña en los cuadernos que su padre le regalaba. Se convirtió en la eterna aprendiz que nunca estaba preparada. En la amante perfecta que jamás pedía más compromiso que disfrutar de dejarse querer. Estaba a punto de cumplir cuarenta y seguía buscando la pasión que había perdido por el camino de las huidas y de las carreteras de culpas ajenas.

No había logrado tener éxito, ni tampoco salvarse de las garras del amor. Siempre terminaba enamorándose locamente y volcándose en su nuevo amante, a quien abandonaba cuando asomaba el compromiso. Gabriele era de la tribu, como solía decirle Luis, de los que dicen, piensan y hacen cosas distintas. Los DEP, Disminuidos Emocionales Para siempre.

—¿Te has parado a pensar que estamos muertos? —le solía decir Luis—. Si renuncias al amor, renuncias a la vida, querida.

Gabriele llevaba tatuadas esas siglas, «DEP», porque, igual que Luis, no manejaba bien las emociones, y mucho menos cuando se enamoraba. Los dos huían tanto de sus traumas de infancia como del amor, repitiendo el mismo protocolo de actuación: salir a por tabaco para no volver

en cuanto sentían el temblor en las piernas y el dolor en el pecho.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras. Sabes que no me molesta.

Luis, el bueno de Luis, era el único que había permanecido en su vida durante casi veinte años. Todo el mundo les decía que eran almas gemelas, pero en realidad eran almas heridas. Hay muchas en el mundo y, con solo mirarse, la mayoría se reconocen.

—¿Te das cuenta del tiempo que llevamos juntos? Eres mi relación más larga —dijo Gabriele.

—¿Te das cuenta de que somos un desastre?

—DEP —soltaron al unísono: su propio *skol*, su particular brindis, por otro nuevo comienzo u otro nuevo fracaso, según se mirara. Luis no podía evitar sentir ternura por Gabriele. Él también se enamoraba de imposibles, aunque su verdadero amante había sido siempre su ambición de hacer dinero. Era el único del grupo de amigos que había alcanzado el éxito, el más listo a ojos de los demás. Dejó los pinceles y se dedicó al comercio de obras, convirtiéndose en uno de los marchantes más importantes de España.

—Gabriele, a mí me salva que soy un puto afortunado en el trabajo. Pero tú... ¿cómo lo consigues? ¿Cómo logras estar bien?

—No te engañes, Luis, el dinero no te salva de sentirte tan muerto como yo..., solo estás un poco más entretenido.

Gabriele seguía en la cama y el móvil volvió a activar la *Cabalgata de las valkirias* de Wagner, que su ex le había puesto en homenaje a su película favorita, *Apocalypse Now*. Sonaba con insistencia, interrumpiendo el recuerdo de la noche en la que Luis la había vuelto a acoger en su casa.

—Juro que de hoy no pasa que cambie la canción. Hoy la cambio.

En un pensamiento asociativo de los básicos, tipo *pájaro/árbol*, su cerebro había activado la asociación *Wagner/Paco*. Cada vez que sonaba la música, se daba cuenta de cuánto le costaba desprenderse del amor. Había activado con Paco el mismo protocolo de supervivencia que con el resto: salir corriendo. El hecho de que la melodía permaneciera en su teléfono era un claro ejemplo de las contradicciones de Gabriele.

—Decir, pensar y hacer cosas distintas, la supervivencia o la esclavitud de los DEP. —Otra de las máximas de Luis.

Valkiria sonaba insistentemente, interfiriendo en los deseos de Gabriele de seguir dormitando. Dándose por vencida, salió con torpeza atropellada a por el móvil, precipitando un nuevo accidente: pisar los cristales de la copa rota y hacerse un corte en la planta del pie derecho.

—¡Joder! ¡Joder! —Caminó a la pata coja, intentando localizar el móvil mientras Wagner sonaba en volumen ascendente—. ¿Dónde estás? ¡Vamos! ¿Dónde te has metido? —Estiró el brazo por el raso de la cómoda hasta alcanzarlo y contestar antes de que dejara de sonar, pero sin reparar en quién la llamaba.

—¿Sí? ¿Papá?... ¿Cuándo?... ¿Cómo?...

En una milésima de segundo un corazón es capaz de golpear en primer plano y absorber cualquier otro sonido que no sean sus latidos. A Gabriele se le escondió hasta la voz y tuvo que carraspear para volver a dar con ella.

—Voy enseguida. ¿Está consciente? Dile que llego enseguida, ¿vale? Tú háblale, aunque no te conteste. Háblale, por favor...

Sin saberlo, Gabriele había comenzado uno de esos días que se fijan en la memoria, uno de aquellos en los que, después de golpearlos hasta ensordecir el cerebro, la vida se nos cae en un grito mudo y aspirado. Nos convertimos en zombis emocionales. Ese día, ya eterno, nos ha cambiado para siempre.

La mañana de aquel 8 de octubre, durante un tiempo difícil de medir, Gabriele estuvo sosteniendo el teléfono contra su oreja, con la boca entreabierta y la mirada perdida. Su mente le ofrecía la nada. El estallido de lo inesperado, el zumbido de la desgracia, la había trepanado hasta dejarla sin ningún pensamiento.

Suspendida en el tiempo oscuro, se tumbó como si hubiera entrado repentinamente en coma. Como un rayo centelleando, la imagen de su madre apareció de la nada para instalarse en su mente. Ni una palabra, ni un suspiro. Solo la imagen de su madre, mirándola con la ternura olvidada de cuando era pequeña y se sentía indefensa.

Sus ojos fueron los primeros en salir de la parálisis inducida por el *shock*. Pestañearon con suavidad, despertando el resto del cuerpo. Luego, Gabriele se levantó dejando un rastro de sangre y fue directa al baño. Abrió el grifo, dejó correr el agua, sumergió su rostro y no volvió en sí hasta unas horas más tarde, cuando Luis llamó y *Valkiria* volvió a sonar con el mismo ímpetu, despertando a todo el vagón de tren.

—Mi madre ha sufrido un ictus esta noche y los médicos dicen que puede que no despierte.

—¿Qué? Lo siento mucho. ¿Cómo estás? ¿Quieres que vaya? —preguntó Luis.

—No, seguro que se recupera. Ella es fuerte, como yo. Siento el desorden que he dejado en tu casa, Luis, te prometo que a la vuelta te lo compenso. No sé ni cómo he hecho la maleta.

—Tranquila, lo comprendo. Siento no haberte cogido la llamada, pero estaba con un nuevo fichaje y...

—No te preocupes... ¿Hola? ¿Luis? ¿Me oyes?

El tren había salido de la estación de Sants de Barcelona con destino a la estación de Atocha, en Madrid. Miró el reloj, apenas pasaban diez minutos de la una de la tarde.

—¿Sabe a qué hora llega a Madrid? —le preguntó a la mujer que estaba sentada a su lado.

—A las cuatro y diez.

Volvió a la pantalla del móvil y vio que seguía sin cobertura. Se quejó por lo bajo, también del infortunio de viajar en el tren que tardaba más en llegar a Madrid. Su tía Sole la iría a recoger para llevarla al hospital de Talavera, el más cercano al pueblo, Candeleda. Dos horas más de coche y de espera para poder abrazar a su madre. *Valkiria* sonó otra vez, pero en esta ocasión atrapó a tiempo las trompetas y las apagó con gusto. Era Luis de nuevo. No contestó. No quería hablar más de lo ocurrido, como si así pudiera detenerlo. Se perdió en pensamientos vagos mientras observaba el paisaje a través de la ventana. Recordó, como saliendo del *shock*, que al abandonar el baño había encontrado una de sus maletas en el suelo, la roja de lona y de cuatro ruedas que le regaló su madre las navidades pasadas, la más grande que tenía. Reconoció en ella el ruido seco que la había despertado antes de sentir la sacudida y la voz de su madre. Se abrazó para detener el escalofrío que recorrió su cuerpo y que estaba destinado a salir en forma de lágrimas. ¿Le estaría enviando mensajes su madre? Jamás había creído en aquellas cosas y no quería empezar a hacerlo en ese momento de frágil desesperación. Aunque Gabriele se había ido de casa muy joven, su madre y ella nunca dejaron de sentir que estaban conecta-

das, sonriendo a las pequeñas casualidades como llamarse a la vez o ver la misma película el mismo día.

—Hija, eso son señales de que nos pensamos y de que nunca nos olvidamos la una de la otra. Aunque estemos lejos.

Las señales de su madre, los credos y la necesidad de reafirmarse en lo bueno de la vida eran quizá lo único que las diferenciaba. Gabriele siempre en lucha y su madre siempre tan dispuesta a todo, tanto que incluso resultaba difícil de creer.

—Mamá, eres demasiado buena. Tendrías que vivir más tu vida.

—Yo ya lo hice, hija, ya lo hice y decidí... ¡A ver cuándo te decides tú, que el reloj de la vida no se detiene para nadie!

Metida en aquel vagón de tren, Gabriele era incapaz de imaginar la posibilidad de que el reloj de su madre hubiera decidido dejar de funcionar. Estaba segura de que solo sería cuestión de volver a darle cuerda, de corregir o cambiar alguna pieza, para que todo volviera a ser igual. Cuando temes que el tiempo se agote, te das cuenta del que has perdido, sobre todo con aquellos a los que amas y que ingenuamente crees que serán eternos.

—¿Quieres algo de abrigo?

Gabriele miró a la mujer con quien compartía fila de tren. Se fijó por primera vez en lo bien que olía. A verbenas, a verano, a campo húmedo rociado por una lluvia temprana. Desde pequeña tenía muy desarrollado el sentido del olfato y era lo primero que se le despertaba cuando conocía a alguien. Como si se hubiera metido en una dimensión desconocida, recorrió en una nebulosa el rostro de la mujer. Sus arrugas contaban años y vida. Se cruzó un segundo con su intensa mirada de ojos grises y esquivó ese

reconocimiento invasivo. Tenía el pelo blanco, recogido en un moño igual de coqueto que el de su abuela Martina. Nariz prominente, boca menuda y todavía carnosa. La mujer sacó una mantilla de una bolsa que sostenía sobre sus rodillas.

—Cúbrete por lo menos con esto. No vayas a resfriarte. En el tren siempre hay que llevar algo de abrigo porque ponen el aire tan fuerte...

Su voz era suave, dulce, pausada, y resultaba tan cercana como si la hubiera escuchado en cualquier película de aquellas antiguas que solían ver la abuela, su madre y ella mientras devoraban cacahuètes, mientras oían de fondo las quejas de la tía Sole de no ser jamás la dueña del mando.

—Tiene una voz muy bonita, ¿sabe?

—Me lo suele decir la gente. —La mujer sonrió escondiendo el rostro con timidez—. ¡Tendría que haber sido dobladora! Ganarme la vida poniendo la voz a todas las estrellas de Hollywood, como la Garbo. Me encantaba la Garbo. Era mi actriz favorita.

—La de mi madre también.

Volvió a perder su mirada en el paisaje, queriendo interrumpir aquella escena que parecía producto de su estado de ensoñación. O de una nueva señal.

Intentó olvidar la llamada y la razón por la que estaba metida en ese tren, pero cualquier cosa, incluso la mujer que compartía fila con ella, la llevaba otra vez a ello. La noche anterior había cruzado el límite al mezclar Orfidal con alcohol, y comenzaba a preguntarse si todo lo que estaba sucediendo era producto de una pesadilla. Por unos segundos tuvo la extraña idea de que todo aquello era un estúpido sueño. Es un camino recurrente en estados de incertidumbre como se encontraba Gabriele. Lo único

que debía hacer era despertar, pensó. Sin tan siquiera volver a girarse, mirando a su compañera de viaje desde el reflejo de la ventana, palpó a tientas hasta dar con el brazo de la mujer. Lo recorrió, cerciorándose de que no era producto de su imaginación. Tentó su brazo hasta llegar a sus manos entrelazadas, que la mujer cerró con suavidad para atrapar la suya dentro.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Ángela, pero todos la llamaban Greta, por Greta Garbo.

Gabriele se dio cuenta de que estaba llorando al verse en el reflejo de la ventana. Se secó las lágrimas para salir de aquella nebulosa.

—¿Estoy soñando? ¿Sabe?, todo esto es muy extraño. Usted me resulta familiar, me recuerda a mi abuela Martina. ¿No querrá dejarme algún mensaje? Perdón si le parezco una loca, pero puede que solo se trate de eso... que... que... como las cosas que pasan en las películas. Te despiertas y tu abuela te ha dicho que seas más buena con la familia y vayas a verlos más. Usted y yo estamos metidas en un sueño, ¿verdad? —Gabriele se volvió para estar cara a cara con la mujer, mientras seguía cortándose la procesión de lágrimas con las manos—. Todo esto no puede ser más que un sueño. Un mal sueño del que me voy a despertar en cuanto se me pase el efecto del Orfidal. Prometo ser una buena niña y no volver a mezclarlo con alcohol...

Su compañera de fila le tomó las manos y se las acarició con ternura, como solía hacer su madre, intercalando caricias y pequeños golpecitos sobre ellas cuando le atrapaba la rabieta porque no había logrado dar con las palabras que expresaran lo que sentía. Era imposible detener aquel viaje de recuerdos. Gabriele y sus rabiets, la habían acompañado toda la vida. De pequeña se le hinchaban los

mofletes y se teñían de un rojo morado, parecían un globo a punto de explotar. Su madre era la única que lograba que sacara los sapos que llevaba dentro. También cuando todo cambió. Aquella ausencia de meses, sin las manos de su madre para detener sus rabietas. Ella sola con su padre, que no respetó la ausencia y se fue con otra.

La mujer del tren siguió acariciando sus manos mientras las lágrimas se comían la carretilla de palabras y Gabriele se perdía de nuevo en la bruma del pasado.

—Gabriele, tu padre es un hombre muy bueno. Me quiere como nadie me ha querido y yo soy muy feliz a su lado. No hagas caso de lo que diga la gente, ni siquiera de lo que han visto tus ojos. ¿Lo harás por mí? ¿Confías en mí? —le había dicho su madre.

Fue la única vez que hablaron sobre el beso de su padre a otra mujer. Fue la única vez que no entendió a su madre, ni su silencio y por qué la obligó a que enterrara aquel recuerdo.

—Escúchame bien, Gabriele. La vida no es siempre como creemos que es. Tu padre es un buen hombre.

No volvieron a hablar de ello, pero para Gabriele fue su despertar a la desconfianza. Con solo once años perdió a su padre, lo convirtió en un extraño que compartía la vida con su madre. Lo mató en su pensamiento por pura supervivencia y para evitar que aquella escena de él con otra mujer en una bocacalle la marcara de por vida. No lo logró. Ese trauma la había acompañado todos esos años y también viajaba con ella en aquel vagón de tren.

Con sumo cuidado para no parecer desagradecida ante una caricia ajena, Gabriele deslizó su mano de las de la mujer del tren para interrumpir el viaje de recuerdos. Volvió al presente. Estaba aterrada, no podía imaginar que su madre pudiera morir. «Los médicos han dicho que solo

un milagro la despertará. Hija, ven lo más rápido que puedas. Tu madre se muere.» Su padre, al más puro estilo de los realistas, no había almidonado la noticia y le había dejado claro en la corta llamada que su madre no iba a salir de ésa. Gabriele intentaba abandonar esos pensamientos y agarrarse otra vez a la nada para seguir cuerda. No deseaba adelantarse a los acontecimientos y mucho menos soltar la esperanza. Volvió a mirar suplicante a su acompañante de fila. La mejor compañía para el desconsuelo es la ternura, aunque venga de un desconocido como aquella mujer.

—Greta, ¡qué bonito nombre! Tiene que ser una mujer muy especial.

—Sí, lo es. —Eso la hizo sonreír entre lágrimas—. Estaba destinada a ser alguien importante, ¿sabe? Pero prefirió a mi padre.

—Seguro que eligió para bien.

El cuerpo de Gabriele se tensó como el de un puercoespín cuando enseña todas sus púas. Su voz adquirió un matiz más grave y frío. Su mirada se pintó de un rencor antiguo sellado en las pupilas.

—A veces el amor hace que estrelles tus sueños y echas a perder tu vida.

Gabriele seguía luchando para abandonar el viaje al pasado. Los trenes y las llamadas llenas de incertidumbre tienen ese efecto. Ese recuerdo silenciado seguía atormentándola, aunque se negara a aceptarlo. Pronto descubriría que los gestos más insignificantes mal entendidos en la infancia son capaces de arruinar una vida entera.

—¿No te cansas de apuñalarte a ti misma? Yo soy un puto colador y cada vez me siento peor. —Eso le había dicho Luis.

Se lo había recordado hacía un mes, en la conversa-

ción de bienvenida, después de que Gabriele abandonara a Paco y se presentara con las maletas en su casa. Aquella no fue una conversación como las de siempre. Se le había quedado dentro.

—Luis, por favor. Cuando bebes te pones muy melodramático.

Nuevamente blindada, Gabriele evitaba hablar del miedo a amar, del amor. No dejaba que Luis ni nadie entrara en la herida. Pero la llamada de su padre aquella mañana había abierto la cámara acorazada. El temor de perder a su madre, el terror de quedarse solo con su padre. No le importó compartirlo con una desconocida de tren a la que no volvería a ver jamás.

La mujer la miró compasiva, comprendiendo el dolor enquistado que convierte cualquier dulce de la vida en amargo. Repasó internamente la última frase que había dicho Gabriele: «A veces el amor hace que estrelles tus sueños y echas a perder tu vida». Titubeó antes de hablar, pero se decidió a hacerlo, intentando ser lo más tierna posible.

—Solo hay algo más fuerte que la voluntad: el amor. Aunque a veces nos hable en un lenguaje que no sabemos interpretar.

Gabriele no quiso atender a aquella última frase de su compañera de tren e intentó concentrarse en el paisaje de nuevo.

—Le agradezco sus palabras, pero no me encuentro demasiado bien, necesito cerrar un poco los ojos. Espero que no le importe. Mi madre está ingresada en el hospital y necesito descansar un poco.

Le dolió zanjarse la conversación, salir airosa de esa complicidad tan inusual entre desconocidos.

—Por supuesto, espero no haberte molestado... Siento lo de tu madre, seguro que se pondrá bien.